

Crónicas del TIUN-TENOR, 25 años del Teatro del Norte

Diario "La Estrella de Iquique", 03 de abril de 1977

Forjador de su destino

ES UN MAESTRO DE MAESTROS

Por M.I.B. (Periodista)

"Se gana la vida entreteniéndose", y en esta actividad conocimos a Guillermo Jorquera Morales, director de "El Abanderado", obra teatral del chileno Alberto Heiremans.

Es notable el imperio que ejerce este iquiqueño sobre sus actores, pues sin recurrir a críticas ni impaciencias, logra que cada noche ensayen y ensayen hasta que cada escena esté plenamente comprendida y sentida.

Analizando la obra "El Abanderado", sin sentirlo nos pasamos a otro tema y nos fuimos adentrando en la personalidad del director que irradia contento interior, dice "encuentro útil lo que estoy haciendo y además me entretiene".

Alcanzó esta etapa luchando contra viento y marea. Armado sólo de su tenacidad, una tranquila determinación y una extraordinaria lucidez que le señaló su vocación, se apartó de la tradición familiar y, en lugar de ingresar a Carabineros, se matriculó en la Escuela Normal, lo que hirió a su padre quien, en los primeros años, no lo apoyó.

Guillermo Jorquera solucionó entonces lo económico dando clases y se las arregló incluso para obtener la distinción máxima que le permitió elegir el lugar donde daría clases.

Por supuesto que eligió la escuela, cuyo horario flexible le permitía seguir estudiando.

Hoy es profesor de teatro infantil de la carrera de Educación Básica, director del taller de teatro y subroga al Director de Televisión y comunicaciones de la Universidad del Norte, durante las ausencias del titular. Así se da el lujo a los 35 años "de vivir exclusivamente del teatro sin ser actor"

La Escuela Agrícola de Lo Espejo fue su primera experiencia. Observó que sus alumnos campesinos a pesar de ser inteligentes, tenían una enorme dificultad para captar las enseñanzas y para expresarse. Ensayó matizar sus clases con dramatización, pero le faltaba técnica. Como buen timonel de su destino, pidió y obtuvo el nombramiento de Inspector General. Combinó así el estudio con un ingreso, ya que en el ínter tanto se había casado.

A las seis de la mañana empezaba el día vigilando la levantada de los alumnos. Entre horas corría a la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, donde estudiaba para Instructor Teatral y reemplazando a actores para aprender actuación. En las noches partía nuevamente a estudiar y, pasando por ayudantías, obtuvo finalmente por concurso, el cargo de profesor en la carrera de Instructores Teatrales. Estudió además publicidad y ciencias sociales durante las vacaciones y asegura que Sonia, su esposa "nunca me puso problemas, por el contrario..."

Este es Guillermo Jonquera, con su facha de lolo sicodélico ostenta una venerable cabeza rodeada de melenas, bigotes y patillas al estilo de médico o filósofo de fines de siglo, al que en la Primaria, lo hacían recitar por el ritmo que

sabía darle a la poesía, pues comprendía su espíritu. Dice "no he renunciado al profesorado primario -recalca- puesto que ahora enseño a los futuros maestros una técnica para desarrollar la imaginación y la facilidad de expresión del alumno, multiplicando así esta labor".

Diario "La Estrella de Iquique", 13 de diciembre de 2001

UN MAESTRO DE ESCENARIO

Por Alberto Carrizo

Guillermo Jorquera me cuenta que mientras escenificaban "Las del otro lado del río", años ya (1998), se extrañó de que le prendiesen en la solapa una chapita que decía: "Gracias, maestro".

Era el cierre de una etapa fecundísima que fue toda su vida; era la despedida de tantos y tantos seres formados por él, que en ese instante, de alguna forma le demostraban su respeto y afecto. Recién entonces pudo comprobar cómo los que ahora estaban en un escenario como gente de teatro en madurez plena, habían sido de sus innumerables cruzadas teatrales: Jaime Torres, Tommy Rojas, Guillermo Ward, Ivonne Ramírez y tantos más que ya tenían "carpa propia".

Me cuenta que nunca dejó de insistir en los suyos que el teatro no es la travesura de la egolatría, ni el mutis de tablas después de la adolescencia; insiste en que es un compromiso de ser que da vida a la existencia; me dice que el actor debe tener el ojo listo para estudiar el gesto, la palabra, el ademán, los desplazamientos de todos, para cubrirlos en escena cuando es necesario.

Me cuenta, además, que lo suyo fue el teatro de personas, de seres colectivos, argumentando el próximo estreno y decidiendo el próximo autor. Que fue enemigo del "divismo" entre los aplausos calculados. Y que sí fue partidario de crear un "público cautivo", para tener el suficiente piso de trabajo estético y de transmisión.

Me cuenta sus comienzos en el Teatro de la Universidad de Chile de Santiago y su maestra Norma Lomboy me dice que trabajó todo lo imaginable del mundo teatral: profesor ayudante, director del programa "Arte para todos" (del tiempo de Allende), que fue a poblaciones en taller continuo y puestas en escenas reiteradas, que fue solicitado en Punta Arenas para formar una Escuela de Teatro; que después, la Universidad del Norte lo llamó hasta Iquique para formar una carrera de Instrucción Teatral empezada en la inocencia del día antes del Golpe de Estado en Chile, con un discurso repleto de esa magia que atrapa al "teatrero", en su versión más noble. Y que a pesar de todo, fundó el posteriormente conocido TIUN (Teatro Iquique de la Universidad del Norte). Y que al cerrar ella sus puertas, la Municipalidad cogió todo su aparato cultural. Y así, me cuenta, que nace el TENOR (Teatro del Norte).

Y cuando le pregunto por las obras más gustadas por el público y por ellos, me cuenta que el compromiso era configurar emocionalmente en escena todo el paisaje humano de esta tierra chilena. Y surgen galas como: "La Remolienda" en Baquedano 951, cuando Checura Jeria era quien dirigía la Casa de la Cultura; rememora "Cuento de Navidad", para el mundo que crece en edades, "Animas de día claro", para revelar el mito, "El Abanderado" y toda la callejera rueda de la vida, "Lautaro" y el sino de los

héroes en trance, "La Nona" venida de Argentina, "Ardiente Paciencia", para ascender hasta Neruda hombre, "Las tres Marías y una Rosa", en fin, su rostro resplandece cuando me cuenta de sus autores y las puestas en escenas con baches, discusiones, sudores y alegrías.

No está ni alejado, ni fuera del teatro. Se retiró en voluntad porque el mundo de la mentoría cultural oficial lo requería. Pero, sabe, ahora, que afuera y dentro de las tablas, está ese habitante múltiple que son sus ex-alumnos, hoy en talla mayor. Y no se angustia. Tiene razón: los buenos maestros no se olvidan y tienen el respeto y la memoria cuando cruzan la calle de los suyos. Iquique le debe mucho, tanto, como una dignidad de ilustre o similar, pero no quiebra lisonja ni busca recados. Es él, un hombre que logró establecer su equilibrio entre lo que decidió y lo que alejó. Es uno nuestro. Grande, inmerecido en el olvido.